

Cuando el liderazgo peca

Números 20.2–13

Y porque no había agua para la congregación, se juntaron contra Moisés y Aarón. Y habló el pueblo contra Moisés, diciendo: ¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová! ¿Por qué hiciste venir la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos aquí nosotros y nuestras bestias? ¿Y por qué nos has hecho subir de Egipto, para traernos a este mal lugar? No es lugar de sementera, de higueras, de viñas ni de granadas; ni aun de agua para beber. Y se fueron Moisés y Aarón de delante de la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión, y se postraron sobre sus rostros; y la gloria de Jehová apareció sobre ellos. Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Toma la vara, y reúne la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña a vista de ellos; y ella dará su agua, y les sacarás aguas de la peña, y darás de beber a la congregación y a sus bestias. Entonces Moisés tomó la vara de delante de Jehová, como él le mandó. Y reunieron Moisés y Aarón a la congregación delante de la peña, y les dijo: ¡Oíd ahora, rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña? Entonces alzó Moisés su mano y golpeó la peña con su vara dos veces; y salieron muchas aguas, y bebió la congregación, y sus bestias... (20.2–13).

La historia humana tiene su manera para encubrir los errores de sus grandes líderes. Los errores y las indiscreciones son descubiertas solamente por medio de una investigación cuidadosa y usualmente después de que los líderes han dejado de existir por mucho tiempo.

Dios está dispuesto a mostrar en las Escrituras que hay pecado incluso entre lo mejores que Él tiene. Esto tiene el fin de motivarnos, no en el hecho de que ellos cayeron, sino en el hecho de que podamos ver que no vivieron sus vidas tan por encima de

la nuestra que no podamos imitar su fidelidad e intimidad con Dios. Pablo declaró así: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo» (1ª Corintios 11.1). Al mismo tiempo, Pablo se declaró como «el primero» de los pecadores (1ª Timoteo 1.15).

Durante los viajes de los israelitas por el desierto, hemos visto a Moisés y a Aarón siendo exonerados de error ante los ojos de Dios cuando Israel era el que erraba. En el incidente de Números 20.2–13, Moisés y Aarón actuaron erradamente delante de Dios. Del modo como sucedía con Israel en el pasado, se tenía que pagar un precio por el pecado. En vista de que se trató de un acto de pecado aislado, no hizo que perdieran la relación con Dios, sin embargo, sí perdieron el liderazgo antes de que sus vidas llegaran a su fin. Además, ninguno de ellos llegó a la Tierra Prometida de Canaán.

¿Cuáles fueron las circunstancias de su caída?
¿Qué lecciones pueden aprenderse de ello?

ANÁLISIS DEL PECADO (20.2, 3)

Los aproximadamente cuarenta años que Israel estuvo condenado a vagar por el desierto estaban por terminar. La mayoría de los de la generación que se había quejado y desconfiado del reporte de los dos espías fieles, Caleb y Josué, ya habían muerto. Aarón y Moisés tenían más de cien años de edad. Una nueva generación de israelitas había surgido. Sin embargo, esta nueva generación no tenía una actitud mejor que la de sus antepasados. Se quejaron ante Moisés y Aarón porque se les había agotado el agua. Parecían estar infectados con el mismo aire de impaciencia e incredulidad de la generación anterior. Protestaron ante Moisés y Aarón de que nadie les podía dar agua. Del

modo como lo había hecho antes innumerables veces, Moisés llevó el asunto delante del Señor. Así como hizo antes innumerables veces, Dios le dijo pacientemente a Moisés la forma de obtener el agua. En primer lugar, Moisés había de reunir a la congregación. Luego, delante de una peña que estaba ante la asamblea, Moisés había de hablar, y Dios haría salir agua para que bebieran.

Normalmente, se nos ha enseñado que el pecado de Moisés consistía en haber golpeado la peña con su vara en lugar de hablarle como lo había pedido Dios (20.8–11). Técnicamente, este punto de vista haría que fuera un pecado por «golpear», y no un pecado por «hablar». Sin embargo, el texto revela que se cometieron varios pecados, de los cuales el más insignificante consistía en la diferencia técnica entre «golpear» y «hablar».

En primer lugar, Moisés y Aarón cometieron el pecado de desatender la Palabra de Dios. Esto nos sorprende en vista de que ambos eran hombres precisos en los detalles. El sacerdocio requería de exactitud y precisión. Los mandamientos de Dios requirieron siempre constante atención. En segundo lugar, el pecado de ellos era un pecado de impaciencia y temperamento (20.10, 11). Moisés sencillamente perdió su temperamento en el momento equivocado. Después de casi cuarenta años de liderazgo y de escuchar las mismas quejas, día tras día, Moisés dejó que su paciencia con el pueblo se agotara. El pecado de Aarón consistía en que no corrigió a Moisés de su error y en que estuvo de acuerdo con su alardeo de que «ellos» eran los que estaban dando el agua a Israel. En tercer lugar, el pecado más grande era: Dios no fue glorificado (20.12). A Dios se le dejó por fuera del alivio de la sed dado a Israel. ¿Alguna vez alguien en su trabajo se ha robado su idea o presentación, y luego llevado a los superiores como idea «de ellos», recibiendo estos el crédito? ¿Acaso no vemos la posición de Dios? A pesar de ello, Dios fue fiel, pues proveyó el agua.

Tanto Moisés como Aarón fueron castigados por su pecado. Pese a que no fue inmediatamente, el sacerdocio de Aarón fue traspasado a su hijo antes de que Israel entrara a Canaán (20.22–28). A Aarón no se le permitió morir estando en su cargo, como sucedió con sus sucesores. En cuanto a Moisés, no conduciría al pueblo a Canaán después de los muchos y difíciles años de vagar por el desierto (20.12).

LO QUE SE APRENDE DEL PECADO

El desatender los mandamientos de Dios es pecado (Hebreos 12.1–5). Hay quienes argumentarían que a Dios no le preocupan los detalles, sin embargo,

se equivocan. La desatención, aun de los mandamientos más simples de Dios, puede causar que uno se pierda y ultimadamente no alcance la Tierra Prometida, es decir, el cielo. Incluso después de que uno obedece el evangelio y entra en una relación salvadora con Dios, permanece el peligro de que Sus mandamientos se vuelvan tan comunes que Dios es desestimado. Podemos volvernos distraídos y, por lo tanto, pecar.

En segundo lugar, *no glorificar a Dios es pecado*. Dios no estaba de primero en los pensamientos de Moisés ese día. Sin embargo, a Dios se le tiene que considerar a la luz de todo lo que hacemos (Efesios 3.21). Nuestra disposición mental tiene que ser tal, de manera que estemos preparados para batallar contra Satanás todos los días (Efesios 6.11). Si dejamos de lado una pieza de armadura, puede que nos inflija una herida seria en nuestras almas. No podemos darnos el lujo de cometer esos errores tan serios.

En tercer lugar, *el trabajo de Dios continúa, pese a las fallas del hombre*. Moisés y Aarón podían estar tranquilos por el hecho de que su obra sería llevada a cabo por medio de los siervos fieles, Josué y Eleazar. Los dos pudieron «hacer traspaso del manto» públicamente a sus sucesores, Aarón sobre el monte Hor y Moisés en el tabernáculo de reunión. La obra de Dios es una obra eterna. El gozo de trabajar en el reino de Dios necesita ser visto como un gozo eterno (1ª Corintios 15.58).

En cuarto lugar, *los hechos aislados de pecado no nos separan de Dios*. Moisés fue elogiado por Jesús como el más grande de los profetas; apareció tiempo después con Él en gloria, en el monte de la transfiguración (Mateo 17.1–5). Aarón fue «reunido a su pueblo». Esta es una frase judía para «muerte», sin embargo, tiene un significado mayor que la muerte física. Tanto él como Moisés murieron en el desierto en sepulturas aisladas y sin señalar. Sin embargo, no murieron en medio de los incrédulos del desierto. Aarón fue reunido a la gran compañía de los fieles más allá de la muerte (Hebreos 12.1).

CONCLUSIÓN

Dios tiene para nosotros un gozo y una gloria mayor, más allá de esta vida. Si podemos ver por encima de las frustraciones y los dolores de cabeza, podemos seguir teniendo esperanza. La frase clave en las Escrituras es esta: «... puestos los ojos en Jesús...» (Hebreos 12.2). ¿Dónde está Jesús? A la diestra de Dios, dándonos aliento para seguir.

A Dios le interesa el que termina la carrera. El corredor de resistencia es el que gana, no el que sea mejor en carreras cortas. ¿De qué manera está corriendo usted? ¿Está Dios siendo glorificado?